

Con la mirada puesta en el suelo, parecía buscar algo. Aprovechó su momento de distracción para acercarse hacia ella con paso firme y decidido.

– Buenas tardes, Haidi.

La saludó con su voz grave y varonil, para inmediatamente después agacharse y plantarle un beso en la mejilla, mientras que con una mano la cogía de la cintura y con la otra le acariciaba el brazo.

– Ah, Alistair, vaya... q-qué sorpresa – tartamudeó. «Dios mío, ¿qué le digo ahora?».

Sobrecogida, le miró a los ojos azul marino; era como mirar al fondo del océano, azul pero no claro, oscuro pero no negro.

– ¿Sorpresa? – Le sonrió desconcertado, guardando las manos en los bolsillos con el fin de controlarse; la deseaba tanto que, si empezaba a tocarla, acabaría arrojándose encima de ella en uno de los bancos que tenían al lado—. Habíamos quedado, ¿no es así?

– Sí, sí, ya... quiero decir que... que me has sobresaltado. – Incapaz de sostenerle la mirada más de dos segundos seguidos, miraba a todas partes menos a Alistair.

«¿En serio es tan tímida? Esto va a ser pan comido...».

– Disculpa, no era mi intención. – Esgrimió una sonrisa que la desarmó, y ella le correspondió curvando ligeramente los labios, con el más escueto esbozo de sonrisa que la turbación del momento le permitía—. ¿Vamos a tomar una copa? Cerca de aquí hay un hotel que dispone de una coctelería bastante aceptable.

Haidi accedió, algo apaciguada por el talante cordial que ahora mostraba.

Desistió de la idea de echarse atrás; tomaría algo con él y, después de un rato, se excusaría diciendo que estaba cansada, lo cual no era mentira. Alistair estaba guapísimo, aunque se notaba a la legua que él también lo sabía y, ya que había llegado hasta aquí, bien podía dedicarle una hora. Era tan atractivo... Parecía también menos agresivo, menos lobuno que las otras veces y, confiada, dejó que la guiara del brazo con gentileza.

El hotel se encontraba a un par de minutos de allí. Al llegar a la puerta giratoria de entrada, él le cedió el paso, caballeroso, posándole la mano sobre el final de la espalda y acariciando de un modo casi imperceptible las ondas que le caían en cascada.

No podía dejar de rozarla.

Ella notaba que la invadía centímetro a centímetro y, aunque no se atrevió a manifestarlo, volvía a sentirse incómoda. Aquella cita era un error. Estaba tan nerviosa que le sudaban las manos y, por si no bastara, tenía el problema añadido de que en las situaciones tensas era más propensa al dolor y a los ataques de tos... ¿Cómo salir de allí? ¿En qué momento había pensado que lo pasaría bien esa noche? ¿Y qué hacía este majestuoso hombre insistiéndole para salir —a ella?

Juzgándose con severidad, Haidi se veía como una enclenque de rasgos aceptables pero sin pecho ni carne alguna. Jamás habría imaginado que, con su cuerpo pequeño, su cabello pelirrojo y sus dulces facciones, era la viva imagen de las ensoñaciones carnales de Alistair Ashley, desde bien adolescente.

— Estás muy callada. ¿En qué piensas? — preguntó cuando tomaron asiento.

— Estaba apreciando este lugar; no había entrado nunca aquí, ni siquiera sabía que hubiera un bar de copas tan acogedor.

Después de dejar el abrigo en el respaldo de la silla, se puso cómoda y se alisó el vestido, aunque no lograba deshacerse del nerviosismo que la atormentaba.

— Me alegro de que te agrade — declaró meloso.

Reclinado en el respaldo de la silla, aparentaba absoluta confianza y seguridad, sin delatar lo más mínimo los escalofríos que le recorrían la columna de arriba abajo cada vez que ella le miraba con sus dos zafiros negros, aunque fuera una décima de segundo, lo que le permitía su timidez.